

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

vaticano II

EL espectáculo de la reanudación del Concilio Ecuménico es, mientras lo estamos siguiendo por la pantalla de la televisión, la imagen misma de la universalidad de la Iglesia católica y de la grandeza de sus fines. La inmensa nave de la Basílica muestra el esplendor de los siglos. Bajo el soberbio baldaquino de Bernini la tradición, confirmada por la investigación arqueológica, sitúa la tumba de los Apóstoles, el lugar donde fue enterrado San Pedro después de su martirio. Sobre aquel lugar se había edificado la primera Basílica de Constantino, que el Papa Nicolás V pensó en demoler a mediados del cuatrocientos por la defectuosa —y peligrosa— deformación de algunas de sus estructuras. Esa obra había de permitir a los artistas del Renacimiento estructurar una de las más bellas y esplendorosas muestras de la arquitectura y dotar a la Iglesia de una sede suntuosa y grandilocuente, capaz de servir de marco al Concilio de hoy, impresionante por su pompa y por su significación. Esa inmensa obra, terminada en el seiscientos, no ha sido desde entonces retrocedida ni sobrecargada; sobre el armazón del quinientos conserva aún la impronta del barroco que es, al decir de un comentarista, el estilo romano y católico por excelencia. Los mausoleos papales posteriores, de Inocencio XI, de Alejandro VIII, de Inocencio XII, de Gregorio XIII, de Benedicto XIV, siguen el estilo trazado por los modelos de Bernini.

En ese marco esplendente e inmutable está aconteciendo, al tiempo en que escribimos estas líneas, uno de los acontecimientos supremos de la espiritualidad. Las circunstancias del Concilio Ecuménico Vaticano II dan a este acontecimiento un relieve y una importancia decisivos no sólo para la cristiandad, sino para el orbe entero. La «corazonada» del Pontífice Juan XXIII, tan universalmente admirado y llorado por sus capacidades humanas y sencillas, llevó a la convocatoria del Concilio como si de antemano supiera por qué rumbos habría de discurrir su propia breve permanencia en el mundo y el espíritu de su sucesión. Juan XXIII fue el promotor del Concilio, su patrono y guía inicial. La inefable bondad del Pontífice extinguido y la oportunidad en que el mundo se hallaba de acudir a una llamada de coloquio espiritual de signo ecuménico llevó a Roma a gentes de todas las Iglesias, y el proceso de la primera fase del Concilio fue seguido con inmensa atención por ánimos y conciencias de diversa ideología. Las especulaciones sobre los temas y las significaciones o resultados de semejante empresa fueron de índole muy diversa. Era lógico que la Iglesia católica debiera afrontar las tremendas novedades del mundo de hoy, muchas de ellas derivadas de las nuevas realidades demográficas y técnicas. Era también lógico que en un mundo de grandes y veloces comunidades se estableciera la voz unánime del conjunto de todos los pueblos cuya guía espiritual depende de los dignatarios eclesiásticos. La sorprendente intuición del Papa Juan XXIII no vaciló en acometer la empresa gigantesca del Concilio Vaticano. Y el eco que halló en las Iglesias separadas y aun en

aquellos que no comparten la fe en Cristo fue la mejor prueba de la oportunidad de su misión.

Al óbito del bondadoso y egregio Pontífice, verdadero hombre de su tiempo, la continuación y realización de los fines del Concilio debió de pesar sobre el Cónclave de cardenales que habían de elegirle sucesor. Sin embargo, la designación del Papa Montini fue una de las más rápidas en la historia de la Iglesia. Pablo VI era ya, usando de términos vulgares, el «delfín» del Pontífice fallecido. Su conocimiento de la Curia en los pontificados de Pío XI y de Pío XII, su experiencia en los asuntos eclesiásticos y en los asuntos profanos era profundísima, sobre todo en el período difícilísimo del Papa Ratti, hombre de impávida y fecunda clarividencia y seguridad. El Pontífice actual ha vivido los entresijos de la historia contemporánea desde sus inicios, en la escuela de dos grandes figuras del Papado, el Papa Ratti y el Papa Pacelli. Siendo nuncio en Varsovia, el Papa Ratti, como decano del cuerpo diplomático durante la primera guerra, fue quien se opuso al abandono de Polonia por las potencias en tiempos de la amenaza rusa; y su labor de oposición al fascismo y su aguda penetración diplomática le hicieron triunfar sobre los excesos de la nueva política en Italia. A él se debió el tratado de Letrán, que consolidaba la existencia del Estado Vaticano y la presencia física de la Iglesia en la tierra. En esta escuela de integridad y de penetración se formó, desde la juventud, el Pontífice actual. Pablo VI es —utilizando la expresión de Keats—, duro y flexible a la vez como el acero. Su labor en la diócesis de Milán durante nueve años le dio, además, la experiencia pastoral digna de los tiempos actuales, necesaria para gobernar espiritualmente a un mundo que está lleno de aristas y de contradicciones.

cuestión de tiempo

La finalidad del Concilio está en conocer lo que la Iglesia piensa de sí misma, frente a los temas de la vida actual y en relación con las verdades eternas. Pero ello no empece a que, para los hombres de hoy, haya unos propósitos de intención práctica que constituyen un deseo presentido en el ánimo, relativo a las configuraciones del mundo en sus estructuras sociales. La prensa ha especulado, desde los días en que Juan XXIII anunció la convocatoria del Concilio, con la cuestión candente, oportuna y temporal de la unión de las Iglesias. De entre ellas —y aparte de los acentos de buena voluntad que se advierten entre los dirigentes de las Iglesias evangélicas y protestantes— el hombre de la calle especula y se apasiona por los síntomas de aproximación y por los contactos crecientes entre el catolicismo y la Iglesia ortodoxa rusa, por lo que ello significaría de aproximación incluso táctica entre los dos mundos: occidente y oriente. Verdaderamente no se puede exigir al hombre corriente que discrimine estas cuestio-

La primera fase del Concilio tuvo un valor simbólico, de apertura, de convocatoria universal. Pero la eficacia práctica del Concilio, según feliz expresión del cardenal Suenens, primado de Bélgica, está en conocer «lo que la Iglesia piensa de sí misma». Es muy probable que esta segunda fase del Concilio, presidida por el Pontífice Pablo VI, sea, pues, prolongada. El temario de consideraciones que han de ser debatidas es prolijo y trascendental. Algunos de los aspectos de esta «orden del día» bastarían por sí solos para justificar la magna reunión. Es conocida la preocupación del Santo Padre, a través de su trayectoria pastoral, por los problemas capitales de la sociedad moderna. Se ha anunciado ya, aunque oficiosamente, la aparición de una Encíclica que puede en adelante marcar la pauta de lo que será el pontificado de Pablo VI en conexión con el mundo actual; se refiere a la postura de la Iglesia ante la cultura moderna. También es conocida la preocupación del Pontífice por los problemas sociales de este tiempo, por la rehabilitación de las grandes zonas desfavorecidas, en el mundo occidental y en los países que ahora salen del colonialismo. Ese tono de actualidad ha de marcar la gestión del Pontífice desde su solio; pero a esa «actualidad» seguramente no la empañará ni acuciara la coacción del tiempo. La maduración de los debates será lenta en el ánimo de los participantes del Concilio. Y, entretanto, la misma evolución de los hombres y de los acontecimientos probablemente acentuará la inclinación unitaria que por fortuna, como corriente incesante, se advierte entre todos los hombres de buena voluntad.

nes con el mismo ánimo ni el mismo matiz que los teólogos. Lo cierto es que, al margen de las cuestiones que no podrán debatir más que los doctores de la Iglesia —que para eso los tiene— el simple anuncio del Concilio reveló al mundo occidental, un poco atónito ante la sorpresa, la auténtica capacidad y realidad de la Iglesia ortodoxa rusa, superviviente de la catástrofe atea desencadenada por cuarenta años de marxismo-leninismo.

Los debates y las sesiones del Concilio serán lentas, largas y parsimoniosas, en un mundo que tiene prisa. Cualquiera de los planteamientos inmediatos que se formule el hombre de la calle ha de sufrir las demoras y vicisitudes de esa condición de paciencia y de serenidad. Pero no cabe duda de que, a lo largo de los días, de los años o de los lustros en que el Concilio debata las cuestiones de la fe, se pueden producir acontecimientos que avalen definitivamente, a través del reajuste doctrinal de los temas espirituales, un deseo humano de aproximación, entre fieles creyentes de una misma doctrina.